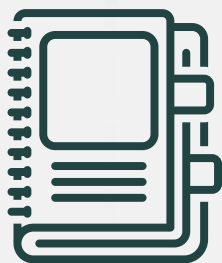


DE LOS REGISTROS MANUALES

a la identidad genética



Carlos Castro
Analista de comunicaciones de Asocebú



EL RIGOR TÉCNICO QUE CONSTRUYÓ EL PATRIMONIO CEBUISTA COLOMBIANO

Hay legados que no se miden en conquistas o batallas interminables, sino en las páginas de libros genealógicos que guardan, línea tras línea, la memoria genética de toda una industria. El segundo capítulo de los ochenta años de Asocebú se escribe con la tinta de la precisión científica y con la paciencia de quienes entendieron que el progreso ganadero se forja con el tiempo y la dedicación. Fueron ellos quienes avistaron que no era solo cuestión de importar buenos toros, sino de saber exactamente qué sangre corría por sus venas.

CUANDO EL PAPEL SE CONVIRTIÓ EN PATRIMONIO

En 1948, apenas dos años después de la fundación de la Asociación, llegó al país un hombre que cambiaría para siempre el rumbo técnico de la ganadería cebuista: el profesor y experto genetista estadounidense, *Dr. Albert O. Rhoad*. Su misión era clara, pero laboriosa: *iniciar el proceso de clasificación de los ganados cebú en Colombia para establecer los primeros libros genealógicos oficiales*.

No era una tarea sencilla. En aquellos años, las haciendas colombianas estaban dispersas por territorios de difícil acceso. Los caminos eran precarios, las comunicaciones limitadas, y muchos ganaderos apenas comenzaban a comprender qué significaba realmente un “registro genealógico”. Para algunos, parecía un trámite innecesario; para otros, una intromisión en sus prácticas tradicionales.

Sin embargo, Rhoad no venía solo con teorías; traía el método científico aplicado a la ganadería: reglas de medición, estándares raciales y sistemas de clasificación por pureza de sangre. Cada ejemplar debía ser evaluado, medido, fotografiado y documentado. Cada pedigrí (*la genealogía de un animal de raza pura y el documento que certifica dicho linaje*) debía ser verificado contra los registros de origen, y cada marca de hierro debía coincidir puntualmente con los documentos de propiedad.

EL DOCTOR RAMIRO ORTIZ OTERO: EL ARQUITECTO DE LA GENÉTICA CEBUISTA

Cuando el profesor Rhoad regresó a Estados Unidos en 1950, dejó plantada la semilla de un sistema. Pero fue el *Dr. Ramiro Ortiz Otero* quien convirtió esa semilla en un árbol frondoso. Médico veterinario de vocación incansable, Ortiz Otero asumió la dirección técnica de las clasificaciones con una dedicación que rayaba en la pulcritud. Durante toda la década de 1950, persiguiendo este objetivo, recorrió el país de sur a norte y de oriente a occidente. Realizaba viajes a lomo de mula cuando era necesario, soportaba jornadas de sol abrasador en las sabanas de Bolívar, enfrentaba lluvias torrenciales en el Magdalena Medio y cruzaba los valles interandinos del Tolima y el Huila. No hubo distancia que detuviera tan noble propósito, el cual, sin duda, sentó las bases de los registros que hoy en día seguimos manejando dentro de la Asociación.

En cada hacienda, el ritual era idéntico: reunir a los animales al amanecer, examinar uno por uno sus características raciales, verificar las genealogías, tomar medidas, registrar colores y evaluar conformaciones. Luego venía el riguroso trabajo de oficina: *transcribir a mano cada dato en los libros genealógicos, verificar la coherencia de los pedigrís, asignar los números de registro y preparar los certificados correspondientes*.



Los números hablan por sí solos. En el informe de 1953 presentado por el presidente Enrique Ortiz Restrepo a la Asamblea de Criadores, las cifras demostraron un avance extraordinario:

Ejemplares puros, machos: de 175 a 251

Ejemplares puros, hembras: de 213 a 279

Ejemplares Cebú Colombiano, machos: de 126 a 136

Ejemplares Cebú Colombiano, hembras: de 987 a 1.413

Hembras mestizas de primera: de 404 a 586

Hembras mestizas de segunda: de 271 a 352

En solo once meses se habían clasificado 898 ejemplares, logrando un promedio mensual de más de 81 animales. Fue una cifra récord si se considera lo alejadas que se encontraban las haciendas y las enormes dificultades de transporte de la época. Pero más allá de las estadísticas, lo verdaderamente revolucionario era el concepto que se estaba implantando: *la ganadería concebida como una ciencia exacta.*

EL HERD-BOOK: LA BIBLIA DE LA PUREZA RACIAL

El término “Herd-Book” sonaba exótico en los corredores de las haciendas colombianas a mediados del siglo XX. Pero su significado era profundo: representaba el *libro genealógico oficial donde quedaba registrada, para la posteridad, la pureza racial de cada ejemplar.*

En 1952, la Junta Directiva de Asocebú, bajo el liderazgo de *Enrique Ortiz Restrepo*, tomó una decisión que marcaría el futuro de la organización: reglamentar con rigor científico el Herd-Book y las características raciales del ganado cebú. Ya no bastaría con afirmar de palabra que un animal era “cebú puro”; ahora había que demostrarlo con documentos, con genealogías verificables y con características físicas medibles.

En aquella época se establecieron categorías precisas:

- *Puros de pedigrí:* animales con genealogía completa certificada por asociaciones reconocidas.
- *Cebú colombiano:* producto del cruzamiento absorbente, con pureza racial comprobada.
- *Mestizas de primera:* hijas de padre puro y madre criolla seleccionada.
- *Mestizas de segunda:* nietas de toro puro.

Cada categoría tenía sus propios requisitos, tarifas de clasificación diferenciadas y certificados específicos. El sistema era complejo, pero absolutamente necesario.

Colombia estaba construyendo, ladrillo a ladrillo, el sólido edificio de su ganadería pura.

LA SECCIONAL DE SINCELEJO: CUANDO EL RIGOR SE HIZO REGIONAL

En 1952, mediante la Resolución No. 2, *Asocebú* dio un paso audaz al autorizar la creación de seccionales departamentales. La primera en nacer fue la de Bolívar, con sede en Sincelejo, bajo la presidencia de *Luis Támara Samudio*.

No se trataba de una simple extensión administrativa. Las seccionales tenían funciones técnicas de gran peso: llevar libros auxiliares de registro, controlar el envío de datos de monta, exigir el estricto cumplimiento de los reglamentos y organizar exposiciones locales. El objetivo era llevar el rigor implementado en Bogotá a las ganaderías de todo el país.



Sincelejo demostró rápidamente que la apuesta había sido acertada. En agosto de 1952, organizó su primera exposición regional de ganado cebú, un evento que superó todas las expectativas. Participaron las ganaderías más prestigiosas de Bolívar, tales como *San José de J.M. Vergara e Hijos*, *Las Pampas de Julio H. de Vivero*, *Cacagual de Martínez Vergara* y *El Recreo de Ana Carmela de Olmos*, entre muchas otras.

Un año después, en agosto de 1953, la segunda exposición de Sincelejo resultó aún más impresionante. El juez calificador fue el *Dr. Harold J. Brooks*, un reconocido experto estadounidense que quedó asombrado por la calidad y presentación de los 150 ejemplares exhibidos. *“Todas sus determinaciones fueron aceptadas y recibidas muy bien”*, reportó la *Revista El Cebú*, “pues hizo un trabajo imparcial y plenamente satisfactorio desde el punto de vista técnico”.

Los remates en aquel evento fueron históricos. Se vendieron 61 ejemplares por un total de \$156.750,00, logrando un promedio de \$2.569,67 por cabeza, una cifra no igualada por ninguna otra venta en el país durante los primeros 10 años de la Asociación. Pero el verdadero logro no radicaba en las cifras monetarias, sino en un hecho mucho más profundo: Bolívar había demostrado que el rigor técnico y la organización gremial eran posibles más allá de Bogotá.

LA ‘REVISTA EL CEBÚ’: EL HILO QUE TEJIÓ LA COMUNIDAD

En 1952, el médico veterinario *Heliodoro Bonilla Guzmán*, director de la naciente publicación, escribió palabras proféticas en su informe a la Asamblea: *“Convencido el suscrito de que una de las principales necesidades en la Asociación de Cebú era el funcionamiento de un órgano de publicidad, destinado a la propaganda de la raza cebú, propuse a la honorable Junta Directiva la fundación de nuestra propia revista, denominada EL CEBÚ”*.

La propuesta fue acogida “sin reservas y con el máximo entusiasmo”. La primera edición, dedicada al pionero Adolfo Held, salió a la luz pública superando diversas dificultades técnicas y presupuestarias. Pero el esfuerzo valió la pena, ya que la revista se convirtió en el hilo invisible que tejió a la comunidad cebuista, dispersa por todo el territorio nacional.

En sus páginas convivían los detallados informes técnicos del Dr. Ramiro Ortiz sobre las clasificaciones, los artículos de divulgación veterinaria del Dr. José Velásquez, las crónicas de las exposiciones regionales y los perfiles de criadores destacados. Cada edición actuaba como un espejo de lo que sucedía en las ganaderías del país: qué se estaba importando, qué premios se estaban ganando y qué problemas sanitarios afrontaban los productores.

“La revista es de ustedes y está a su servicio”, escribía Bonilla Guzmán en cada editorial. Y era completamente cierto. ‘El Cebú’ no era un simple boletín corporativo; era la memoria viva de un gremio que estaba construyendo su propia identidad. Aún hoy, la revista sigue siendo de nuestros asociados.



EL RIGOR TAMBIÉN ES PASIÓN

Hay quienes piensan que el rigor técnico y la pasión son conceptos opuestos. Sin embargo, la historia de *Asoce-bú* en los años cincuenta demuestra todo lo contrario. Cada clasificación realizada por el Dr. Ortiz Otero era, en el fondo, un acto de amor por la ganadería. Cada página del Herd-Book transcrita meticulosamente a mano era un voto de fe en el futuro. Cada exposición organizada en Sincelejo o en Girardot representaba una celebración de los logros obtenidos y un firme compromiso con lo que aún faltaba por hacer.

Los ganaderos de aquella época no se limitaban a importar toros costosos. Se desvelaban estudiando genealogías, aprendiendo a interpretar pedigrís y

comprendiendo a fondo conceptos como “*herencia*”, “*consanguinidad*” y “*rigor híbrido*”. Asistían a las asambleas en Bogotá no solo para cumplir con un requisito formal, sino para debatir apasionadamente sobre las características raciales, los estándares de clasificación y el futuro de su industria.

En las exposiciones, los ejemplares ya no llegaban flacos ni ariscos. Se presentaban gordos, adiestrados y lustrosos, listos para ser evaluados bajo los estándares internacionales más exigentes. Los ganaderos habían aprendido que la presentación importaba, que el manejo influía directamente y que la alimentación marcaba la gran diferencia entre un segundo lugar y un campeonato.

LAS CRÍTICAS DE AYER, LOS ELOGIOS DE HOY

La hacienda El Puente, ubicada en Armero (Tolima), posee una historia que resume a la perfección la transformación vivida en aquellos años. En **1918**, su propietario, don *Daniel Rebolledo*, había importado desde Jamaica al semental Monsano, uno de los grandes fundadores del cebú en Colombia. Durante décadas, don Daniel fue duramente criticado por su supuesta “obsesión” con esa raza extraña de giba pronunciada y orejas caídas.



Pero en 1953, cuando la *‘Revista El Cebú’* le dedicó un extenso reportaje, el panorama había cambiado de forma radical. *“Las críticas de ayer son los elogios de hoy”*, fue el elocuente título del artículo. El Puente se había convertido en un referente nacional en cuanto a programas técnicos de cría: contaba con puros de pedigrí importados de Texas, ganado cebú colombiano clasificado oficialmente y ejemplares comerciales destinados a la ceiba. Eran tres niveles perfectamente organizados, documentados y registrados.

La hacienda lograba producir mil novillos anuales, alcanzando los 530 kilos a los tres años de edad. Esta era una cifra impensable apenas treinta años atrás, cuando los novillos criollos difícilmente llegaban a los 300 kilos a los seis años. *“Basta echar una mirada al no muy lejano pasado para poder establecer la comparación y valorar con exactitud la evolución que ha experimentado nuestra ganadería”*, concluía con orgullo el reportaje.

UN HORIZONTE COMPARTIDO

Al cerrar la década de 1950, Asocebú ya no era la misma entidad incipiente que había nacido en 1946. Había experimentado un notable crecimiento en número de socios (superando los 100 afiliados activos), en cobertura geográfica (estableciendo seccionales en varios departamentos), en rigor técnico (con más de 3.500 animales debidamente clasificados) y en influencia gremial (logrando la consolidación de las exposiciones nacionales).

Pero, por encima de todo, había logrado construir algo profundamente intangible y valioso: una verdadera cultura de la excelencia técnica. Los ganaderos cebuistas colombianos dejaron de ser simples comerciantes de

ganado para convertirse en criadores científicos, en profundos conocedores de la genética, en hábiles intérpretes de las genealogías y en celosos custodios de un patrimonio racial que habían aprendido a valorar, documentar de forma estricta y mejorar continuamente.

En cada libro genealógico que el Dr. Ortiz Otero transcribió a mano, latía con fuerza el corazón de esa nueva cultura. En cada certificado de registro que llevaba la firma del secretario de Asocebú, quedaba plasmado el sello indeleble de un compromiso absoluto con la verdad genética. En cada toro que era premiado en las pistas de Sincelejo o Girardot, se reflejaba claramente el fruto de años de selección rigurosa y meticulosamente documentada.

Los primeros ochenta años de Asocebú comenzaron, indudablemente, con la gran valentía de importar ejemplares a un país que se mostraba escéptico. Pero lograron consolidarse gracias al rigor de quienes entendieron que no basta simplemente con tener buenos animales: es indispensable saber exactamente qué características tienen, de dónde provienen y hacia dónde se dirigen.

Esos libros genealógicos que hoy forman parte de nuestra historia son, al mismo tiempo, la semilla de nuestro futuro. Porque mientras exista un ganadero que sepa leer un pedigrí y que confíe plenamente en un registro oficial, Asocebú seguirá cumpliendo con fidelidad la misión que se trazó hace ochenta años: ser la guardiana incansable de la genética que transforma el trópico.

En nuestra próxima edición podrá leer: Cómo Asocebú dio el salto tecnológico que la llevó de los registros manuales a las plataformas digitales, consolidando la base de datos genética más completa del país.

Las imágenes utilizadas en este artículo fueron generadas con IA (Inteligencia artificial) y se presentan únicamente con fines ilustrativos, por lo que no corresponden necesariamente a ejemplares de razas cebuinas.